



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© Del texto: 2023, Beatriz Giménez de Ory.

Representada por TORMENTA. [www.tormentallibros.com](http://www.tormentallibros.com)

© De las ilustraciones: 2023, Adolfo Serra

© De esta edición:

2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-551-5

Depósito legal: M-3500-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2024

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Julia Ortega y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Beatriz Giménez de Ory  
*Las cien tormentas*

Ilustración: Adolfo Serra

loqueleg



*A Daniel, que tiene corazón de pájaro, y a Manuel,  
que tiene corazón de árbol*



—Cuando oigas la tormenta, sal de casa. Cruza el puente, camina hasta que dejes de ver las luces de la aldea. Después granizará. No corras, no busques cobijo. Debes quedarte quieto, con los brazos abiertos, como un espantapájaros.

Eso le había dicho Plinia. Plinia era su única amiga, y el joven Bobo obedeció.

La lluvia había empezado por la noche. Bobo se encontraba en el establo, donde dormía habitualmente. Los caballos habían sentido de lejos la tormenta y llevaban horas muy inquietos, así que Bobo no pudo pegar ojo. Cuando el cielo descargó el primer trueno, estaba totalmente despierto. Se levantó del jergón y sacudió las pajas de su ropa (el chaquetón enorme, los pantalones demasiado cortos). Luego se despidió de los dos caballos besándolos justo en mitad de los ojos y abrió el portón.

La noche le cayó encima como un manto de agua. Los relámpagos iluminaban intermitentemente el camino que llevaba hasta el puente, aunque él habría podido recorrerlo con los ojos cerrados.

10 No tenía miedo. Las palabras de Plinia brillaban dentro de él como un farol. Cruzó el río, caminó por la ribera, descendió por una suave colina embarrada. Nunca había llegado tan lejos. Se giró y no vio ninguna luz: ni luna, ni estrellas, ni ventanas encendidas. Empezó a granizar. Primero sobre las hojas altas de los árboles y enseguida sobre su cabeza, sus brazos estirados, las manos bien abiertas. Dolía ese granizo frío, pero Bobo aguantó el chaparrón completamente quieto. Ni siquiera pensó que podría tratarse de una broma pesada, de una burla. Y eso que él era experto en recibir burlas y bromas pesadas. No se le cruzó por la imaginación, ni un solo instante, que Plinia le hubiera engañado.

¿Cuánto duró el granizo? ¿Unos pocos minutos, cerca de una hora, tres eternidades? Bobo no podría decirlo. Es más, juraría que se había quedado dormido en mitad del granizo y que fue el puro silencio lo que le despertó. Abrió los ojos. Empezaba una mañana nueva, limpia, después de la tormenta.



El día anterior al granizo fue cuando Bobo vio a Plinia por última vez. Ella le había dado más instrucciones:

11

—Luego amanecerá y te pondrás a andar. Vállande se encuentra a cuarenta mil pasos de aquí. ¿Hasta cuánto sabes contar? —le había preguntado Plinia.

—Hasta diez —contestó Bobo.

—Mmmm, eso es poco. Ayúdame a desgranar guisantes y así te enseño el resto de los números.

Se sentaron fuera de la casita de la anciana Plinia, junto a la huerta. Desgranando guisantes, contaron hasta cien. Luego volvían a empezar. Y así varias veces. Cuando terminaron de sacar el último guisante de la vaina, Bobo ya había aprendido a contar hasta cien.

—Cien no es bastante todavía, Bobo. Coge un buen ramillete de dientes de león y metámonos en casa.

Una vez dentro, Plinia le pidió a Bobo que colocara las plantas sobre el mantel de la cocina y que soplara muy suavemente. Los dientes de león se deshicieron en infinidad de semillas muy pequeñas.

12 —Ahora, te voy a enseñar a contar hasta mil —anunció la anciana.

Cayó la noche y ellos seguían contando. Las semillas de los dientes de león formaban una montaña algodonosa en el centro de la mesa.

—Novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve —susurró Bobo, maravillado por todo lo que había aprendido en un solo día—. ¿Hay algo más?

—¡Un millón! —concluyó Plinia, colocando con toda delicadeza la última semilla en el montón.

Y añadió:

—Ya tienes conocimientos de sobra para llegar a Vallande. Recuerda que está a cuarenta mil pasos de aquí.

—Qué pena que nos hayamos conocido hace tan poco tiempo, ¿verdad?



—Sí, Bobo. Hoy hace justo una semana que te vi mirando por encima de la cancela y te invité a pasar.

—Había humo saliendo de la chimenea y sentí curiosidad. Otras veces he visto el humo, pero nunca me había atrevido a entrar.

—¿Por qué?

14

—Porque... soy tímido. Y porque en el pueblo dicen que eres una bruja.

Plinia se echó a reír muy suavemente. Bobo insistió:

—Ojalá te hubiera conocido desde niño. Me habrías enseñado tantas cosas...

—Cuánto me habría gustado, Bobo. Pero me he pasado toda la vida viajando, yendo de aquí para allá.

Quedó pensativa un buen rato, y dijo:

—Si nos hubiéramos conocido cuando eras un chiquillo...

—¿Te habrías quedado aquí, en la aldea? —preguntó Bobo, esperanzado.

—No. Te habría llevado conmigo.

—¿Y por qué has tenido que viajar tanto, Plinia?

La anciana se detuvo frente a la cancela que separaba su jardín del camino y dijo, sin bajar la voz, como si fuera la cosa más normal del mundo:

—Porque soy un hada, querido.

—¿Cómo vas a ser un hada?

Plinia se encogió de hombros.

—Y las hadas viajamos a lugares lejanos para aprender unas de otras: nuevas hierbas que sanan, nuevas maneras de huir... En aldeas pequeñas como estas se nos confunde con las brujas y se nos quiere poco.

—Yo te quiero, Plinia —susurró Bobo.

—Lo sé, tesoro.

Plinia miró las estrellas durante un rato largo. Luego habló:

—Regresa ahora al cobertizo y duerme bien. Mañana, cuando vengas a visitarme, tal vez haya salido de viaje. Así que déjame que te abrace ahora, chicarrón.

Bobo no recordaba que nadie le hubiera abrazado antes. Sintió en el pecho un calor desconocido y hermoso.

—A pesar de esta barba espesa que luces, eres tan joven... ¿Cuántos años tienes?

—Creo que mañana cumpliré los dieciocho.

La anciana miró a Bobo con intensidad, para indicar que lo que estaba a punto de decirle era muy importante:

—Se abrirá delante de ti una nueva vida. No tengas miedo: acéptala. Tú no eres lo que los demás te han hecho creer: eres mucho más grande y estás lleno de luz.

16

Al día siguiente, cuando Bobo llamó a la puerta de la casita de su amiga, nadie le abrió. Decidió entrar y vio a Plinia tendida en la cama, como dormida. Bobo supo enseguida que estaba muerta. Suavemente le apartó algunos mechones blancos de la frente, le besó las manos pequeñas y frías, y se las cruzó sobre el pecho, como había visto que hacen con los muertos.

Luego avisó al cura. La enterraron debajo de una higuera repleta de frutos. Bobo dejó sobre la tierra removida un ramillete de dientes de león.

Se levantó un poco de aire húmedo. Esa noche llegaría la tormenta.